

¿Quién grita más alto?

Miles de poemas vienen a mi mente. No encuentro el adecuado. Nada refleja lo que siento. Tristán Tzara grita a mi lado y se cree muy simpático. Un mundo convulso y desordenado se presenta ante mí, como un mal sueño, como un film de visos tremendistas o como las páginas de una novela de Valle-Inclán.

Busco a alguien entre los gritos de una sociedad que no conoce la armonía de las pausas, de los silencios buscados, de la meditación placentera bajo un hermoso árbol, frente al horizonte desvaído de un atardecer o salpicado por las espumas de bravías olas.

¿Hemos perdido la sabiduría de escuchar la naturaleza? ¿Hemos interrumpido el camino de la cultura, de unas raíces fundadas en la palabra y en la tradición y no sabemos a dónde vamos?

Se acerca el uno de noviembre. Un mes extraño, que, como me dijo una amiga, recordando una frase de su madre, “entra con todos los Santos y se va con San Andrés borracho”. Pero es éste también un mes que nos hacía reconocernos en la palabra, en la misteriosa relación de vida y muerte, o en los caldos de malvasía que abrían sus barricas como tesoros de piratas beodos.

La esencia del espíritu hispano está en el Tenorio, en Cervantes, en Lorca, García Márquez, Borges o Valle-Inclán, y en una nómina tan extensa que es imposible enumerar. Pero ahora celebramos con absurdos disfraces y con calabazas sintéticas un día que, poco a poco, pierde su esencia para ser engullido por el imperialismo arrollador que borra las huellas de civilizaciones y culturas para comercializar la vida y pasar de los rituales llenos de significado a las zonas comerciales llenas de alienados.

Vagaba en las noches de mi pueblo, soñando entre calles adoquinadas, brillantes por la llovizna, con Don Juan y la sombra de Doña Inés... Me rompieron las palabras, los ruidos de las televisiones que salían de las ventanas de las casas como símbolo de la incomunicación del siglo XXI. Gritos de halloween engullían a Don Quijote, sofocaban a Ofelia, mataban a Don Juan. Sólo quedaba comercio, consumo, incomunicación para ensordecen.

Los llamados medios de comunicación se llenan de gritos. Gritos por todas partes. Llamen “tertulias” televisivas a barullos de palabras mal usadas, en los que el que cree tener razón sólo sabe gritar más. Los telediarios se llenan de políticos que gritan y que insultan, que despotrican y cansan a unos ciudadanos que esperamos un diálogo sobre ideas y planes. Gritos por todos lados, no razones, no palabras, no teorías.

gritos.

gritos por todos lados.

la rosa de los vientos

deshojando

-en chirridos-

sus pétalos metálicos.
gritos.
gritos por todos lados.
catapulta de gritos
derribando
la ciudad de violines enguatados.
gritos.
gritos por todos lados.
y yo en huida de terror.
cayendo. levantándome.
y, entre una lluvia de puñales agrios,
tendido, al fin.
inerte.
acribillado.

(de súbito,
una mujer envuelta en llamas amarillas,
se asomó, dando gritos,
a unos balcones altos.)

(Emeterio Gutiérrez Albelo, Romanticismo y cuenta nueva, 1933)

¿Adivinaba ya el poeta que la incomunicación nos invadiría como la enfermedad? No lo podemos saber, pero, a veces, la poesía es visionaria. La poesía habla del hombre y de la vida, de las sombras y la luz, de lo que fuimos y del camino a seguir.

Quizá nos hace falta transitar más por los caminos del arte. Pensar, sentir para poder ser. No dejarnos manipular por la falsa palabra que sólo busca sorprender, atrapar, apabullar.

¿Se habrán planteado los que mandan que son referentes sociales? ¿Se plantearán los que comunican y eligen la noticia a divulgar que hay una diferencia entre noticia y cotilleo? A veces, es sólo una fina raya la que separa las cosas. Hay caminar mirando, despacio. Hay

pensar y meditar cada cosa que decimos, cada palabra que empleamos. Hay que saborear la comunicación, ese acto maravilloso que nos hace humanos.

O, quizá seguimos como el poeta Rubén Daría sin saber a dónde ir.

Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,

(...)

y no saber adónde vamos,

ni de dónde venimos!...

(Rubén Darío, Cantos de vida y esperanza, 1905)

Mundo convulso, pero mundo lleno de encanto en el que todo ya está hecho, pero en el que todo está por hacer.

Ernesto Rguez. Abad